

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN PASTORAL
GAUDIUM ET SPES
SOBRE EL MUNDO ACTUAL

CUADERNO 26



CUADERNO 26
EL GRAN TEMA
DEL SENTIDO DE LA VIDA
(GS 4)

MANUELA TULLI

Son las tres de la tarde y Ángela está sentada en el salón de su casa esperando algo, con la mirada fija en su teléfono móvil, espera una llamada que le traiga noticias. Es la hora en que la enfermera la llama desde la planta del hospital para enfermos de Covid-19 para ponerla al corriente de la situación de su anciano padre. Él, intubado, no puede hablar. Es esa llamada diaria la que deja un hilo de esperanza y da sentido a estos días tan tristes y difíciles.

Marzo de 2020, Roma. Cayó sobre nuestras cabezas como un peñasco y, sin embargo, no era más que un pequeño virus. Invisible, impalpable, pero capaz de trastornar la vida de todo el planeta —«Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados», dijo el papa Francisco el 27 de marzo de ese año, en una Plaza de San Pedro vacía y empapada por la lluvia. Fue un momento inolvidable, aquella *Statio Orbis*, conmovedora y dulce como una caricia, mientras la gente moría en los hospitales, las familias se encerraban en sus casas, los jóvenes se veían privados de su despreocupación, se perdían puestos de trabajo y los pobres se empobrecían aún más. Así que nos preguntamos: «¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? ¿Dónde está Dios?».

Este es el punto de partida de nuestra búsqueda del «sentido de la vida» situado en el corazón de la *Gaudium et spes*, una de las cuatro constituciones pastorales fruto del Concilio Vatica-

no II, que el papa Francisco nos invita a retomar con vistas al Jubileo 2025.

El sentido de la vida ha sido siempre cuestionado por la humanidad porque no hay descubrimiento científico que lo sostenga, ni progreso suficiente, ni libertad o bienestar conquistados. Porque cada generación vive sus problemas y aspiraciones con una carga de «esperanzas y angustias», como se lee en el documento promulgado por el papa Pablo VI el 7 de diciembre de 1965, último día de aquel histórico concilio que cambió la vida de la Iglesia.

I. SITUACIONES

1. Del covid-19 a la guerra en el corazón de Europa

Un par de años más tarde, mientras, gracias a las vacunas, podíamos ver una luz, aunque tenue, al final del túnel, y una posible coexistencia con la pandemia, otra nube negra caía sobre el mundo.

Mayo de 2022, Kiev. El embajador del papa en Ucrania, monseñor Visvaldas Kulbokas, nos recibe en la nunciatura apostólica, en el centro de Kiev. Valiosas mesas de madera están apoyadas en las puertas con otros muebles a modo de barricadas; en los pasillos, protegidos por las paredes sin ventanas, hay colchones en el suelo donde duerme la gente porque las habitaciones de los pisos superiores no son seguras. La cocina, en un rincón que parece más protegido, se ha convertido en el lugar de reunión y también en la capilla donde se celebra la misa.

La invasión rusa en Ucrania ha destruido vidas y hogares, puertos y empresas, y ha vuelto a sumir a Europa en la pesadilla de una guerra que no se veía en esta parte del planeta desde hacía setenta años. También aquí nos preguntamos: «¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? ¿Dónde está Dios?».

El obispo lituano, que no ha abandonado Kiev ni siquiera los días en que las bombas se oían desde su residencia, con ese claro estruendo que anuncia muerte y destrucción, tiene lágrimas en los ojos al hojear un Evangelio encontrado en una casa destruida de Bucha. «Estaba en la habitación de los niños», dice emocio-

nado. ¿Por qué tanta maldad? «Dios siempre nos permite actuar en libertad», responde a quienes se preguntan una explicación, él, diplomático, pero ante todo hombre de Dios, puede encontrar una explicación a lo ocurrido el 24 de febrero de 2022, fecha que marca el inicio de la invasión rusa en Ucrania.

La libertad: Dios ha decidido dárnosla de una vez por todas, y no nos la retira ni siquiera cuando hacemos un uso totalmente imprudente de ella, como en el caso de las guerras que infestan Europa y de todos los demás conflictos que contribuyen a alimentar esa «tercera guerra mundial a pedazos», como la llama el papa Francisco. Por eso, la única manera de vencer las guerras es desplegar las armas de la fe. Están las mesas de negociación, el tira y afloja de los grandes mandatarios del planeta, los llamamientos al alto el fuego. Pero «la búsqueda de la paz pasa por la conversión de los corazones», dice el nuncio apostólico en Kiev cuando la guerra aún está en pleno apogeo, invitando ante todo a la oración.

Monseñor Kulbokas relata el sueño de un ciudadano ucraniano, ateo, que le contaron las monjas que vivían en la nunciatura. «Este hombre vagaba por la noche buscando a su familia cuando ve a Jesús crucificado fusilado por los rusos. Cristo le mira y le pregunta: “¿Tú también quieres dispararme o quieres que te proteja?”. Aquel hombre —nos contaba el diplomático del Vaticano— se despertó comprendiendo aquella extraña petición. El Señor le preguntaba si quería ser como los demás o cambiar su corazón. Todos necesitamos la conversión». Y de un modo paradójico y, tal vez humanamente incomprensible, se puede encontrar el «sentido de la vida» incluso en medio de una guerra «sin sentido», como la ha calificado repetidamente el papa Francisco.

2. **El dolor de los niños**

Septiembre de 2018, Lourdes. Una ligera llovizna baña el santuario y a los peregrinos. En los Pirineos, es normal que al final del verano se alternen los días buenos con los de lluvia y nubes. Isabel no se preocupa y empuja la silla de ruedas con su hija encima; van juntas a la gruta de Massabielle, donde, según

la tradición, nuestra Señora se apareció a la joven Bernadette. Madre e hija van cubiertas por dos de esas telas de plástico transparentes y desechables que, en cierto modo, forman parte del kit del peregrino en este santuario francés donde llueve a menudo. La mujer está serena, junto a la niña enferma con la que siempre ha compartido salas de hospital, antesalas de consultas médicas y la esperanza de que la ciencia pueda avanzar rápidamente para aliviar su sufrimiento.

Hay también una pregunta cuya explicación —dijo el papa Francisco el 29 de mayo de 2015, reuniéndose con algunas familias con hijos enfermos en Santa Marta— no se aprende en la catequesis. Es la pregunta que tantas veces me he hecho, y tantos de ustedes, tanta gente se la hace: «¿Por qué sufren los niños?». Y no hay explicaciones. También esto es un misterio. Solo miro a Dios y pregunto: «¿Pero por qué?».

En Lourdes puede ser algo distinto. La peregrinación puede hacer «más liviano» este misterio. En este pañuelo de tierra que de algún modo parece anticipar la paz del cielo, la madre y la hija también encuentran fuerzas para reír junto a los demás peregrinos de UNITALSI. Aquí todos cargan con sus problemas. Algunos van con muleta, otros se mueven gracias a modernas sillas de ruedas que parecen coches de juguete, otros tienen la mirada y la sonrisa perdidas y una mente que vaga en un mundo propio.

«¿Un milagro? Por supuesto que siempre se lo pido a la Virgen. Cada vez que venimos. Pero estoy aquí sobre todo para pedirle fuerza para soportar todo esto. Y me escucha. Ella me ayuda, ella nos ayuda», dice Elisabeth con una serenidad poco común, insólita ante semejante estado.

3. El misterio de la muerte

Julio de 2022, Avezzano. La voz al teléfono es triste, pero no desesperada. Tullia acaba de perder a su Michele, más de treinta años de vida en común, cinco hijos, amor y respeto mutuo, complicidad y risas, mesas que limpiar y cuentas que cuadrar a fin de mes. Michele, a los 62 años, falleció un lunes por la mañana a

causa de una isquemia cerebral. El tiempo justo para probar con una operación a la desesperada y unos días en cuidados intensivos. «Es algo doloroso, excesivo, es inimaginable soportarlo si no es apoyándose en esta columna», dice Tullia, hablando de su fe, que no la ha abandonado ni siquiera en estas horas, las más duras de su vida. Repasa esos treinta años de matrimonio, con las mudanzas y los muchos hijos que quiso con amor, las vacaciones junto al mar, el eslabon de días acompañando a los niños al colegio o a la piscina, a catequesis o a las fiestas. Todo lo compartía siempre con Michele, que ahora ha dejado un vacío. «He rezado durante las horas en las que se debatía entre la vida y la muerte, incluso me he enfadado con la Virgen; le he pedido a la madre de Michele, mi suegra, que llevaba dos meses muerta: “tú que ya estás ahí arriba, corre, llamad a todas las puertas, despiértalos, pídeles a todos que no se lo lleven”. Y en cambio no ha habido nada que hacer».

Ahora el problema es, por supuesto, superar este inmenso dolor. Pero también entender cómo seguir queriéndose a «distancia», cómo seguir criando juntos a esos cinco hijos. «Michele quiere esto y yo he escuchado las oraciones de los que me quieren y siento, no sé cómo explicarlo, como una paz en mi corazón».

La muerte es un mal irreparable y, sin embargo, hay quienes consiguen verla a través de la lente de la fe. San Francisco de Asís la llamaba «la hermana muerte». Hablamos de un gigante de la fe, por supuesto, pero hay quien intenta verla así incluso desde su santidad más sencilla, la de la puerta de al lado, como la define el papa Bergoglio.

«Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida», escribió Miguel de Cervantes en su memorable *Don Quijote*, una de las obras maestras de la historia de la literatura de todos los tiempos. Pero la muerte —como hemos visto— también puede abordarse de otra manera. La fe cristiana —subraya la *Gaudium et spes*— enseña que la muerte un día será vencida.

No es tan fácil aceptarlo, reconozcámoslo, pero si uno deposita la carga del dolor y del vacío en Dios, porque nadie puede llevar por sí solo una carga tan pesada, puede creer que sus seres queridos, en comunión con Cristo, «poseen ya en Dios la vida

verdadera», como leemos en el mismo documento (cf. GS 18). Tullia lo cree de todo corazón y le ha pedido a Michael que la ayude a soportar las cargas y a llevar juntos el hogar y la familia, ella aquí abajo, él allí arriba.

El papa Juan Pablo II, el 2 de noviembre de 1986, día de la conmemoración de los difuntos, pronunció estas palabras de verdadera esperanza: «Hoy, queridísimos hermanos y hermanas, rezamos por los difuntos: estos días nos acercamos a visitar los cementerios, como peregrinos orantes, con el fin de implorar paz eterna para nuestros seres queridos. Ante esas tumbas se refuerza dentro de nosotros la aspiración a vencer la muerte, toma consistencia el deseo de inmortalidad que habita en nuestros corazones». Decoramos, florecemos, embellecemos esas tumbas, porque nuestro corazón nos dice que un cuerpo envuelto en la fría inmovilidad de la muerte no es, no puede ser, la última palabra de una vida. Un inmenso entramado de proyectos, de potencialidades solo parcialmente expresadas, las expectativas de un mundo más justo y más humano, el calor de los afectos, el esfuerzo de la fidelidad cotidiana, todo este tesoro de bien no puede ser amurallado en el implacable silencio de la nada. Para los cristianos, por tanto, la muerte no puede tener la última palabra, como decía Wojtyła.

En la iglesia de Santa Maria in Vallicella, en el corazón de Roma, o «Iglesia Nueva» como la llaman todos en la capital, se repite desde hace años un ciclo de catequesis, los «Cinco pasos», que retoma el modelo de la predicación de san Felipe Neri, florentino de nacimiento, pero a todos los efectos «romano de Roma» porque fue a esta ciudad a la que el santo dedicó toda su vida. Los «Cinco pasos», son una cita en la que, una vez al mes, varios centenares de personas, entre ellas muchos jóvenes, se detienen a reflexionar sobre el misterio del hombre. El padre Maurizio Botta, promotor de estos «Cinco Pasos» en la actualidad, aborda los temas más difíciles de la vida cotidiana, tratando de interpretarlos a través de la lente de la fe.

En 2015, el padre Botta también habló de la muerte. «Este miedo a morir es común a todos los seres humanos. Los que intentan, distrayéndose, olvidar el hecho de la existencia de la muerte son infantiles». Pero ante el miedo hay una respuesta: «Tenemos

el “hecho” de la resurrección. No es un símbolo, no es una idea, no es un valor —señala el padre Maurizio—. La resurrección es un acontecimiento, es un hecho histórico. Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, entró también con su cuerpo en la vida eterna. Hay que repetirlo». Y para explicar a los niños el significado de la muerte, el padre Botta invita a llevarlos a ver un gran roble o, más sencillo, a buscar en Google la imagen de una secuoya gigante y sus semillas. «Decídesles a los niños: mirad estas pequeñas semillas y mirad ahora a los árboles que miden más de noventa metros, extraordinariamente grandes. Una pequeña semilla, que se pudre y muere en la tierra, genera este árbol gigante. Jesucristo hizo lo mismo: al asumir la muerte, nos introdujo a todos en la vida eterna, que es aún más alta que los noventa metros de una secuoya gigante».

4. **La pesadilla nuclear**

Noviembre de 2019, Hiroshima. Una luz azul de repente en el cielo. Y entonces se desata el infierno. Para narrar lo vivido aquel terrible día en Hiroshima, en Japón, y en todo el mundo, el 6 de agosto de 1945, se encuentra una señora de aspecto gentil y menudo, de discreta elegancia, con su sobrio traje azul y su collar de perlas. Yoshiko Kajimoto, de 88 años, fue una de las supervivientes de la masacre tras el lanzamiento de la bomba atómica sobre la ciudad japonesa. Por aquel entonces tenía 14 años y cursaba octavo, pero entre libro y libro también trabajaba en una fábrica. Estaba allí cuando «una luz azul entró por la ventana». Todo se derrumbó y ella salió con dificultad de entre los escombros.

Lo contó ante el papa Francisco, el 24 de noviembre de 2019, en el Encuentro por la paz celebrado en dicha localidad japonesa. Su voz es débil, aún no se ha recuperado de lo que vivió. Pero también está la firmeza de quien quiere dar a conocer la tragedia que vivió en primera persona para que no se olvide y pueda transmitirse, como advertencia, a las generaciones futuras. Y así se puede encontrar sentido donde parecería imposible encontrarlo.

Cuando Yoshiko consigue liberarse de los escombros —relata aquel histórico día con el papa Francisco—, se da cuenta de

que todos los edificios de alrededor habían sido destruidos. Estaba oscuro como si ya fuera de noche y olía a pescado podrido. Pronto se declaró un incendio en el barrio y los vecinos que no podían caminar fueron evacuados en camillas. Yo misma ayudé llevando una. A lo largo de la calle, había gente caminando unos junto a otros como fantasmas; gente cuyos cuerpos estaban tan quemados que no podía diferenciar si eran hombres o mujeres, con el pelo lacio, la cara hinchada, los labios colgando, con las dos manos extendidas y la piel quemada descolgada. «Nadie en este mundo —subraya la superviviente, dirigiéndose al pontífice en la etapa de Hiroshima de su viaje apostólico a Japón—, puede imaginarse una escena tan infernal». Francisco está a su lado y la escucha profundamente: ha viajado miles de kilómetros para estar en esta ciudad del sur de Japón cuyo nombre ha entrado en la historia y es un símbolo de la derrota de la humanidad causada por sus propias decisiones.

«Los días siguientes —continúa Yoshiko—, los cadáveres comenzaron a pudrirse y un humo blanco lo envolvió todo: Hiroshima se había convertido en un crematorio. Durante mucho tiempo, fui incapaz de quitarme el mal olor del cuerpo y de la ropa». Se salvó, pero los efectos de la radiación de la bomba atómica aparecieron a lo largo de los años en forma de tumores a los que se enfrentó entre tratamientos, cirugías y largos sufrimientos. «Trabajo duro para dar testimonio de que nunca más volvamos a utilizar bombas atómicas ni a permitir que nadie en el mundo sufra tanto». El testimonio: Yoshiko encuentra sentido a lo que ha vivido.

«¡Nunca más!», nunca más. El papa, aquel 24 de noviembre de 2019, lo puntualiza y lo repite: «nunca más». «No podemos permitir que las actuales y nuevas generaciones pierdan la memoria de lo acontecido, esa memoria que es garante y estímulo para construir un futuro más justo y más fraterno [...]. En una sola súplica abierta a Dios y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, en nombre de todas las víctimas de los bombardeos y experimentos atómicos, y de todos los conflictos, desde el corazón elevemos conjuntamente un grito: —era el llamamiento que hacía el papa Francisco— ¡Nunca más la guerra, nunca más el rugido de las armas, nunca más tanto sufrimiento! Que venga la paz en nuestros días, en este mundo nuestro».

5. Escapar del hambre y de la guerra

Septiembre de 2016, Asís. María, de 6 años, es la invitada más joven al «almuerzo de la paz» con el papa Francisco y otros líderes religiosos. Es siria, de Damasco, y llegó a Italia unos meses antes con sus padres. Primera parada Turquía, luego Libia y finalmente una embarcación hasta Sicilia. «No os podéis imaginar lo que se siente», dice la joven madre, Nour, que también recuerda aquella travesía en la oscuridad entre grandes peces que para ella eran tiburones. Ella y su marido Mohamad, huían de la guerra. «Resulté herido y nuestra casa quedó destruida por los bombardeos», afirma este. La pequeña María les quita el envoltorio a los bombones, sonríe y da las gracias a todos. En Asís es la más mimada, pero «hasta ahora solo ha conocido el miedo, no ha vivido una infancia como la de los demás niños, ni siquiera tiene amigos», dice su padre.

Huir de las guerras y del hambre, dejar el hogar, los libros y los juguetes, la ropa y los muebles y, sobre todo, el afecto. Ver un mundo en el que alguien tiene que abandonar su patria únicamente porque ha nacido en la parte «equivocada», porque hay guerra o porque no hay trabajo, es difícil de entender. Sobre todo, cuando solamente tienes seis años.

María y sus padres formaban parte de los veinticinco refugiados, invitados al almuerzo con el papa en el Sacro Convento de Asís, en el marco de la Jornada de Oración por la Paz promovida por la Comunidad de San Egidio. Provenían de Siria, Afganistán, Mali, Nigeria, Pakistán, algunos de los rincones del planeta donde en un momento dado la vida se vuelve demasiado difícil y uno busca un nuevo lugar donde comenzar de cero. Entre ellos se encuentra Sira, de Mali. Ya no es un migrante, sino un trabajador regulado en Italia con su permiso de residencia. Limpia y estudia, ya habla muy bien italiano. Otros refugiados, que han compartido el miedo al mar y a ser rechazados, intentan integrarse: los hay que son mediadores culturales, los hay que intentan aprovechar los estudios que han hecho en su país de origen.

Es un mundo por el que el papa Francisco ha empleado muchas palabras y sobre todo acciones durante su pontificado. Basta decir que la primera vez que salió del Vaticano para una visita

apostólica fue para ir a Lampedusa, la isla donde han desembarcado miles de migrantes, el 8 de julio de 2013, apenas unos meses después de su elección.

El 8 de diciembre de 2021, tras su viaje a Chipre y Lesbos, esta última una isla situada en Grecia, en que vio llegar a miles de personas en busca de una vida mejor, el papa dijo en el Ángelus: «Repito que, ante la historia, ante los que emigran, no podemos callar, no podemos mirar a otra parte [...]. En Chipre, como en Lesbos, pude mirar a los ojos de este sufrimiento. Por favor —dijo de todo corazón—, miremos a los ojos de los descartados que encontramos, dejémonos provocar por los rostros de los niños, hijos de migrantes desesperados. Dejémonos arrastrar por su sufrimiento para reaccionar ante nuestra indiferencia; ¡miremos sus rostros, para despertarnos del sueño de la costumbre!».

6. Hacer cola por un paquete de comida

Mayo de 2020, Roma. «¿El momento más emotivo de estos días? Las lágrimas de una madre nigeriana, que tiene tres hijos. Cuando vio las bolsas de la compra que le llevábamos se echó a llorar, a su manera dijo “gracias” así». Francisco es uno de los voluntarios de Cáritas en la parroquia de San Filippo Neri, a las afueras de Roma. Nunca interrumpieron su labor social, ni siquiera cuando el miedo al covid-19 tenía a todo el mundo encerrado en sus casas.

Los pobres aumentan año tras año en todo el mundo y también en Italia. El progreso no ha contribuido a reducir el abismo que en cada generación divide a los que tienen demasiado de los que tienen demasiado poco o nada para llegar a fin de mes. Y cada enfrentamiento, desde las pandemias a las guerras, desde el cambio climático a las crisis financieras, repercute inmediatamente en los más frágiles.

«En nuestra parroquia ayudamos a unas setenta familias. Estos días», decía un voluntario de Cáritas en los días en que Italia vivía un bloqueo a causa del covid-19, «todo es más difícil, pero siguen necesitando comida más que antes». La entrega de los paquetes de alimentos tiene lugar en los locales parroquiales

de Cáritas, con las debidas precauciones (mascarillas, desinfectantes de manos, distancias de seguridad), «pero somos nosotros quienes, sobre todo, vamos a sus casas».

Francisco también ha visitado a Vittoria, una mujer nigeriana que vive en una casita, huésped de una amiga, en el campo, en Aurelia, un poco a las afueras de Roma. Más de dos kilómetros a pie por el camino de tierra la separan de la parada de autobús más cercana a la ciudad. «Estaba allí esperándonos, delante de su chalé, y cuando dejamos las bolsas delante de la puerta, se echó a llorar».

Cáritas no se limita a repartir comida por el barrio. «Nos llamó una madre que vivía sola con una niña muy enferma, tenía el móvil estropeado y necesitaba otro. Estaba desesperada y le pidió a uno que nos llamara. Por suerte tenía un móvil en el cajón que no usaba, pero que todavía...». Unos días antes nos llamó María, rumana, pero desde hacía muchos años en Italia, también sola con un niño. «Nos llamó porque tenía fiebre. Incluso antes de llamar al médico prefieren hablar con nosotros». La pobreza: otro misterio de la vida. Otra herida abierta en la humanidad a la que debemos intentar encontrar «un sentido».

7. **La vida entre rejas**

Acariciar a los presos es una de las claves del pontificado del papa Francisco. Los visitó en Buenos Aires, cuando era arzobispo de la capital argentina, y ha seguido haciéndolo como papa. El mundo entre rejas es una realidad que hay que mirar con misericordia porque, al fin y al cabo, incluso ceder a la tentación de delinquir sigue siendo un misterio. En un encuentro con capellanes penitenciarios en octubre de 2013, el papa Francisco lo explicaba así: «Me pregunto: ¿por qué él y no yo? ¿Merezco más que él, que está ahí dentro? ¿Por qué él cayó y yo no? Es un misterio que me acerca a ellos». Y por eso, en varias ocasiones, ha querido lavarles los pies a estos hermanos en la celebración del Jueves Santo y ha incluido la visita a un centro penitenciario en varios viajes apostólicos, como Panamá, Bolivia y Estados Unidos. En Italia ha estado en Casal del Marmo, en el Regina

Coeli, entre los presos de Civitavecchia y Paliano, por citar solo algunas de sus visitas a cárceles. «¿Por qué él y no yo?» es una pregunta, por tanto, a la que hay que responder.

Pero la vida en prisión no siempre es desesperada. Muchos encuentran allí, entre los muros que les separan del mundo, pero también de su vida anterior, un sentido, una oportunidad de redención, el deseo de volver a empezar siguiendo caminos diferentes de los recorridos en el pasado. Lo dicen los voluntarios y capellanes que atraviesan cada día esas puertas para intercambiar algunas palabras, llevar algunos productos de primera necesidad, pero sobre todo para dar testimonio de su cercanía.

Dejar atrás un pasado difícil es, por lo tanto, posible: es la experiencia que se vive desde hace algunos años en Jesi (Ancona), en la campiña de Las Marcas. La cooperativa social agrícola Orto del Sorriso, apoyada por la diócesis local, ofrece de hecho una segunda oportunidad a quienes han pasado por la experiencia de vivir en la cárcel. En las quince hectáreas de terreno cultivado se cosechan unas sesenta variedades de hortalizas, siguiendo el orden de las estaciones. Una producción de kilómetro cero que en parte se vende y en parte se entrega a las familias necesitadas de la zona, en una especie de círculo virtuoso. «Las personas que trabajan con nosotros son gente como yo, cada uno con su parche de vida cosido. A los que vienen aquí les digo: hay trabajo por hacer, hay mucho trabajo por hacer, pero ya veréis que, dando pequeños pasos cada día, lo lograréis», decía el presidente de la cooperativa, Matteo Donati.

En el grupo de jóvenes que trabajan en el Orto del Sorriso hay algunos presos en semilibertad provenientes de las cárceles cercanas de Barcaglione y Montacuto, que forman parte de un programa de inclusión social. Como Brjan, colombiano, que llegó a Italia con 15 años. Trabajaba la madera delicadamente y esta fue su ocupación durante unos diez años. Pero luego las vicisitudes de la vida le llevaron a conocer la cárcel, donde pasó once años. Ahora se alegra de trabajar la tierra y sentar las bases de un futuro diferente.

En el instituto penitenciario Borgo San Nicola de Lecce, en Apulia, nació la experiencia *Made in Carcere*, que, con sus bolsos y accesorios, se ha convertido en un distintivo de la moda italiana.

El taller de costura, *La Maison* como lo llaman las internas, es colorido y está lleno de telas que se reciclan y transforman en prendas únicas. La idea surgió de una directiva del sector bancario, Luciana Delle Donne, que en un momento dado lo dejó todo para abrir esta actividad. «Cuando alcanzas el éxito, la vida en cierto sentido te obliga a devolvérselo, aunque lo hayas obtenido con mucho trabajo y sacrificio. Y, además, hay que reconocer que la verdadera riqueza es la riqueza interior, parece trivial pero no lo es en absoluto», explicaba en una entrevista de 2017. Las pulseras *Made in Carcere* se han convertido en un icono, las llevan los famosos e incluso las hemos visto en la muñeca del papa Francisco.

También existe otra experiencia de la que extraer el sentido de la vida para aquellos que atraviesan esta vivencia del encarcelamiento: es la de la Isola Solidale, una isla en Roma, que acoge a personas en arresto domiciliario, en permiso ordinario o al final de su condena. Personas que quieren redimir su vida pasada poniéndose al servicio de los demás. Los presos de la isla suelen preparar comida para los indigentes que viven en los alrededores del Vaticano. Cuando tienen el permiso de los magistrados, algunos de ellos dejan directamente la cena bajo la columnata de Bernini, donde vive la gente que no tiene nada. Ponerse al servicio de los demás devuelve el sentido a esas vidas que parecían perdidas. Y, sin embargo, no lo estaban.

II. PREGUNTAS

1. **Las grandes preguntas existenciales**

La guerra y la enfermedad, la pobreza y la injusticia, el miedo a la muerte, la angustia cotidiana. ¡Qué difícil es a veces vivir! Hoy como ayer, no hay generación que no haya tenido que hacer frente a sus profundas crisis, tanto personales como colectivas. ¡Cuántas veces hay que descender al abismo sin saber cómo volver a levantarse!

Sin embargo, hay un «sentido», incluso en estas situaciones aparentemente desesperadas. Y a menudo las respuestas a las preguntas más imposibles no proceden, como cabría esperar, de

la ciencia, ni de la política, ni de la economía, ni de la tecnología, ni de los estudios, ni del trabajo duro. Ni las vacunas, ni las negociaciones de paz, ni el progreso, ni las revoluciones democráticas, todas ellas necesarias, pero que por sí solas no bastan.

El sentido más profundo —resume *Gaudium et spes*— únicamente puede dárnoslo aquel que nos considera hijos, que pensó en nosotros incluso antes de que nacióramos, y que quiso que cada uno fuera único, irrepetible, indispensable, en esta tierra. Este es el sentido de la vida que la Iglesia propone a los hombres y que san Pablo VI con los obispos conciliares quiso explicar en esta constitución pastoral que clausuró el Concilio Ecuménico Vaticano II.

El documento comienza con algunas preguntas: «¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?» (GS 10).

Son preguntas que podrían haberse escrito hoy, pero se escribieron en 1965. Estados Unidos enviaba las primeras tropas para la guerra de Vietnam, en Francia era elegido presidente de la República Charles de Gaulle, a quien hoy los más jóvenes quizá solamente asocian con el aeropuerto de París donde aterrizan para pasar sus vacaciones o para realizar sus Erasmus a la sombra de la Torre Eiffel. En 1965, Italia ganaba el Óscar con Vittorio de Sica, un café costaba 60 liras, 3 céntimos de euro y se abría el túnel del Mont Blanc. Parece que fue hace siglos, pero esas preguntas de ayer son exactamente las mismas que nos hacemos hoy.

Ante estos interrogantes, que se repiten de generación en generación, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época —leemos en la *Gaudium et spes*— e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza» (GS 4).

A partir de estas consideraciones, la Iglesia se mueve para dar respuestas a las grandes preguntas. Parte, por lo tanto, de la vida cotidiana de cada persona, del corazón de los grandes acontecimientos de la historia, de las fatigas y de las alegrías humanas, de las relaciones con las personas. Es una proclamación muy concreta hecha de «carne» y de lágrimas. Dios no es el anciano sabio de barba blanca, como a veces se le representa, sobre todo de cara a los niños, reclinado en una nube lejana como si estuviera cómodamente instalado en un sofá. Eligió hacerse hombre, encarnarse, compartir los sufrimientos y las alegrías del hombre. Cristo no es un héroe legendario: para los que así lo creen, existió realmente hace dos mil años, era el Nazareno, nacido en una de las zonas periféricas del mundo, que para proclamar su mensaje de salvación caminó por calles polvorientas, comió con la gente, lloró, rio. Sí, se rio, estamos convencidos de ello, aunque los evangelios, por desgracia, escatiman en darnos esta imagen que lo haría aún más cercano a nosotros. Y al final, Jesucristo eligió morir de la forma más infame para la época, colgado de una cruz. Quería ensuciarse las manos, sumergirse en los olores y los estados de ánimo de su pueblo.

¿Nos gusta un testigo así? No es fácil responder a esta pregunta, teniendo en cuenta que hoy el deporte más extendido es limitar las relaciones entre seres humanos, prefiriendo el anonimato de las redes sociales a los encuentros directos, el teclado del ordenador a una reunión en la plaza; de esta manera se levantan muros de todo tipo para separarnos los unos de los otros, en lugar de mezclarnos para enriquecernos mutuamente. Pero al final, si tenemos el valor de no poner barreras y de tener una relación real con el prójimo, puede que seamos los primeros en salir ganando.

2. **¿Por qué la ciencia no tiene respuesta a todo?**

Fabiola Gianotti llega al CERN de Ginebra, el Consejo Europeo de Investigación Nuclear, con un currículum estelar, tanto que le ha permitido romper ese techo de cristal que tan solo quiere varones en los puestos de mando, incluso en las instituciones científicas. En 2012 formó parte del equipo que descubrió el Bo-

són de Higgs, la llamada «partícula de Dios», y en 2016 se convirtió en directora general del prestigioso centro en Suiza. Es una de las científicas y, en general, una de las mujeres más influyentes del mundo, hasta el punto de que el *Times*, en 2012, año de aquel admirable descubrimiento científico, le dedicó una portada. Aunque la física es el centro de su vida, Gianotti también ama el arte: es licenciada por el Conservatorio de Milán y toca el piano todos los días, o al menos cuando encuentra tiempo para hacerlo. «La pasión por el conocimiento y la creatividad son aspectos comunes entre la ciencia y el arte», explicó en una entrevista en *Che Tempo che Fa*, el programa de la RAI presentado por Fabio Fazio, en febrero de 2020. «La ciencia —afirmó—, también puede ser un vehículo para construir la paz. En el mundo hay muchas fracturas, pero la ciencia puede desempeñar un papel muy importante en el acercamiento de los pueblos porque es universal».

En 2021, en otra entrevista, esta vez con Gianni Minoli, habló de ciencia y fe: «Creo que la ciencia y la religión son dos ámbitos separados que no se contradicen. La ciencia nunca podrá demostrar la existencia o inexistencia de Dios. Es una situación de paralelismo, de enfoques diferentes». Y así, una de las científicas más destacadas del mundo explicó por qué cree en Dios: «Lo que veo en la naturaleza, su orden, su simplicidad, su elegancia, me acerca a la idea de una mente inteligente y ordenadora. Porque la naturaleza es bella e incluso las leyes fundamentales de la física son extremada y estéticamente bellas, sencillas, esenciales y casi automotivadoras. Sí, yo creo en Dios».

También para el papa Francisco, «la sociedad se enriquece —como dijo con ocasión del Día Mundial de la Ciencia en noviembre de 2020— con el diálogo entre ciencia y fe, que abre nuevos horizontes al pensamiento. Los progresos científicos han de ser iluminados con la luz de la fe, para que respeten la centralidad de la persona humana».

El papa Benedicto XVI consideró fundamental el diálogo entre la ciencia y la fe, y entre la propia ciencia y la caridad. «Los múltiples descubrimientos, las tecnologías innovadoras que se suceden a un ritmo frenético, son razón de un orgullo motivado, pero a menudo no carecen de aspectos inquietantes. De hecho, en el trasfondo del optimismo generalizado del saber científico se

extiende la sombra de una crisis del pensamiento», afirmó durante su visita a la Universidad Católica de Roma el 3 de mayo de 2012. «El hombre de nuestro tiempo, rico en medios, pero no igualmente en fines, a menudo vive condicionado por un reduccionismo y un relativismo que llevan a perder el significado de las cosas; casi deslumbrado por la eficacia técnica, olvida el horizonte fundamental de la demanda de sentido, relegando así a la irrelevancia la dimensión trascendente. En este trasfondo, el pensamiento resulta débil y gana terreno también un empobrecimiento ético, que oscurece las referencias normativas de valor. La que ha sido la fecunda raíz europea de cultura y de progreso parece olvidada», había afirmado incluso antes el papa Ratzinger. «En efecto, la investigación científica y la demanda de sentido, aun en la específica fisonomía epistemológica y metodológica, brotan de un único manantial, el Logos que preside la obra de la creación y guía la inteligencia de la historia. Una mentalidad fundamentalmente técnico-práctica genera un peligroso desequilibrio entre lo que es técnicamente posible y lo que es moralmente bueno, con consecuencias imprevisibles». Para Benedicto XVI, «el mismo impulso a la investigación científica brota de la nostalgia de Dios que habita en el corazón humano: en el fondo, el hombre de ciencia tiende, también de modo inconsciente, a alcanzar aquella verdad que puede dar sentido a la vida». Pero por más apasionada y tenaz que sea la búsqueda humana, no es capaz de alcanzar con seguridad ese objetivo con sus propias fuerzas, porque «el hombre no es capaz de esclarecer completamente la extraña penumbra que se cierne sobre la cuestión de las realidades eternas... Dios debe tomar la iniciativa de salir al encuentro y de dirigirse al hombre».

La constitución apostólica *Gaudium et spes* —en el centro de este camino nuestro para comprender un poco más el «sentido de la vida», el mismo sentido del que habló Benedicto XVI a la comunidad académica de la Facultad de Medicina y Cirugía del Policlínico Gemelli— a propósito de la ciencia dice: el hombre «con el ejercicio infatigable de su ingenio a lo largo de los siglos, la humanidad ha realizado grandes avances en las ciencias positivas, en el campo de la técnica y en la esfera de las artes liberales. Pero en nuestra época ha obtenido éxitos extraordinarios en la investigación y en el dominio del mundo material. Siempre, sin

embargo, ha buscado y ha encontrado una verdad más profunda» (GS 15). Por tanto, los descubrimientos y la ciencia deben «humanizarse», de lo contrario son un fin en sí mismos. «el hombre llega por la fe a contemplar y saborear el misterio del plan divino». Y así entendemos por qué una de las científicas más destacadas del mundo, que se pasa el día estudiando la esencia del universo, puede responder, como Fabiola Gianotti: «Sí, yo creo en Dios».

3. El ateísmo de Estado

Septiembre de 2014, Tirana. Dëshmorët e Kombit Boulevard, el Bulevar de los Mártires de la Nación de la capital albanesa está decorada con las banderas dobles, albanesa y vaticana, y, sobre todo, con las fotografías de los cuarenta mártires, sacerdotes, religiosos y laicos que murieron durante la dictadura comunista por preservar su fe, y que esperan la beatificación (que se celebrará en noviembre de 2016). Tanta celebración se debe a la llegada del papa Francisco, que ha elegido una de las «zonas periféricas» del viejo continente para su primer viaje apostólico a un país de Europa. Una elección que repetiría en los años siguientes, favoreciendo precisamente a los países situados en la parte baja de la clasificación, en términos de poder y riqueza, prestigio e importancia, a los ojos del mundo, pero no a los suyos.

Para dar la bienvenida a Francisco en Tirana, además de una multitud festiva, formada también por musulmanes, teniendo en cuenta que el islam es la religión predominante en el país, estaban también los rostros de aquellos mártires católicos que quisieron mantener la fe durante el régimen comunista que había impuesto el ateísmo, quizás el único caso en el mundo, directamente en la constitución. Entre los mártires, con sus rostros serenos en las voladuras que empapelaron Tirana, estaban monseñor Vincent Prennushi, arzobispo de Durres, el jesuita italiano Giovanni Fausti, y también una única mujer, joven y bella, Maria Tuci, torturada y asesinada por querer hacerse monja y por no ceder ante sus carceleros.

En Albania, la dictadura comunista de Enver Hoxa eliminó cualquier rastro de religión en el país durante más de cuarenta

años, imponiendo el ateísmo de Estado. Se destruyeron campanarios y minaretes, las iglesias se convirtieron en almacenes y las mezquitas en fábricas. Los sacerdotes y religiosos que se negaron a renunciar a su fe fueron detenidos. En la mente de Hoxa, que se consideraba el salvador de Albania tras las heridas de la Segunda Guerra Mundial, en el «País de las Águilas» solo debía haber lugar para el nacionalismo, para el amor a la patria, para el «albanismo». Y así, la religión, que puede abrir mentes y corazones, corría el riesgo de ser un obstáculo para este proceso, por lo que fue prohibida por ley.

Albania es un caso excepcional, pero a lo largo de la historia, incluso hoy en día, imponer el ateísmo es una forma mezquina de dominar a los pueblos. Tal vez no esté codificado en las leyes, como en el país que paradójicamente vio nacer a la Madre Teresa de Calcuta, pero a veces se opta por vías más sutiles y ocultas, más aún hoy que, gracias a las redes sociales, se llega directamente al vientre de la gente transmitiendo mensajes no solo contra la religión, sino también contra esa sed de Dios que tiene el hombre, más allá del hecho de pertenecer o no a una comunidad de creyentes.

«Los defensores de esta doctrina —advertía la *Gaudium et spes*—, cuando logran alcanzar el dominio político del Estado, atacan violentamente a la religión, difundiendo el ateísmo, sobre todo en materia educativa, con el uso de todos los medios de presión que tiene a su alcance el poder público» (GS 20). Pero imponer o incluso simplemente intentar difundir el ateísmo, como «fe» dominante, corre el riesgo de ser un trabajo inútil. Uno se acuerda de esos ríos que se «entierran» para construir carreteras y edificios sobre ellos. Incluso debajo de la tierra, el agua sigue fluyendo inexorablemente y, tarde o temprano, intentará abrirse paso de nuevo y salir de la alcantarilla en la que ha sido enjaulada. La impetuosidad de estos ríos enterrados es el origen de tantas inundaciones ruinosas que hemos visto en los últimos años también en Italia.

«Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana —encontramos escrito en GS 21— sufre lesiones gravísimas —es lo que hoy con frecuencia sucede—, y los enigmas de la vida y de la

muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación». Esclarecedor a este respecto es el testimonio de André Frossard (1915-1999), hijo del secretario y fundador del Partido Comunista Francés.

Era ateo y explicaba en su libro *Las cuestiones del hombre* que existe un ateísmo filosófico, o científico, o marxista. «Existe también un tipo de ateísmo muy extendido, que conozco bien porque fue el mío: el ateísmo estúpido. Este ateísmo no se hace preguntas [...]. La religión era una vieja quimera, los cristianos una especie rezagada en el camino de la evolución: la historia había hablado por nosotros, y el problema de Dios estaba resuelto en sentido negativo desde hacía al menos dos o tres siglos». Y fue «entonces cuando ocurrió lo imprevisible»:

Todavía hoy puedo ver al chico de veinte años que era entonces [...] no he olvidado el asombro que se apoderó de él cuando, desde las profundidades de aquella capilla, desprovista de toda belleza particular, vio surgir de repente un mundo ante él, otro mundo de un esplendor insoportable, de una densidad demencial, cuya luz revelaba y ocultaba al mismo tiempo la presencia de Dios, de ese Dios del que, un instante antes, habría jurado que nunca había existido más que en la imaginación de los hombres [...]. Esta luz, no la veía con los ojos del cuerpo, pues no era la que nos ilumina o broncea: era una luz espiritual, es decir, una luz maestra, era casi la verdad en su estado incandescente. Definitivamente alteró el orden habitual de las cosas. Incluso podría decir que, desde que lo vislumbré, para mí solamente existe Dios y todo lo demás no es más que una hipótesis.

Me han preguntado muchas veces: «¿Dónde ha ido a parar su libre albedrío? Parece que pueda hacerse de usted lo que uno quiera. Su padre es socialista y usted se hace socialista. Entra en una iglesia y se hace cristiano. Si entrara en una pagoda, sería budista, y si entrara en una mezquita, sería musulmán». A lo que a veces me tomo la libertad de responder que resulta que salgo de una estación —escribió Frossard no sin un punzante brío irónico— sin ser por ello un tren. En cuanto a mi libre albedrío, tan solo puedo afirmar que dispuse de él después de mi conversión, cuando comprendí que solamente Dios era capaz de salvarnos de todas las formas de esclavitud a las que, sin él, estaríamos inexorablemente condenados.

Una cita, esta, que hemos querido dejar así de extensa porque muestra la belleza de haber encontrado ese «sentido de la vida» que todos, consciente o inconscientemente, buscamos cada día.

III. APERTURAS

1. El encuentro con Cristo

En un momento de su vida, André Frossard encontró a Cristo. Contaba que entró en una pequeña capilla, que ni siquiera era muy bonita, solo por curiosidad. Y a partir de ahí su vida cambió. Hay un encuentro imborrable en su memoria. «Eran como las cuatro de la tarde», señala el evangelista Juan al hablar de su primer encuentro con el Mesías. Describe la escena e incluso recuerda la hora, sin llevar siquiera un reloj en la muñeca o el *smartphone* que va marcando nuestros días. Pero puede que muchos tengan en su mente y en su corazón el momento de aquel encuentro, de aquellas «cuatro de la tarde».

En el Ángelus del domingo 17 de enero de 2021, el papa Francisco, hablando de los discípulos en ese pasaje del evangelio, comentó:

Algo que llama la atención: uno de ellos, sesenta años después, o quizás más, escribió en el Evangelio: «Eran más o menos las cuatro de la tarde» (Jn 1,39), escribió la hora. Y esto es algo que nos hace pensar: todo encuentro auténtico con Jesús permanece en la memoria viva, nunca se olvida. Se olvidan muchos encuentros, pero el verdadero encuentro con Jesús siempre permanece. Y ellos, tantos años después, se acordaban incluso de la hora, no podían olvidar este encuentro tan feliz, tan pleno, que había cambiado sus vidas.

Cristo se encarnó en la historia, pero también se manifiesta hoy, cada día, quizá en las personas que están a tu lado. Manuela, una amiga mía, me lo contó el día que esperaba su turno en la sala de radioterapia del Policlínico Gemelli de Roma. Salía de una operación de cáncer de mama; tenía 45 años y tres hijos, dos

adolescentes y uno más pequeño, al que aún quería ver crecer. Sentada a su lado había una señora que quería conversación. Un poco indiscreta, quería contarle todo sobre su situación: tenía un cáncer que se había extendido a varios órganos de su cuerpo y ahora era inoperable. De hecho, por indicación de los médicos, tan solo quedaba retrasar la muerte con quimio y radioterapia. Pero lo contaba con una sonrisa, me decía mi amiga que de repente se la encontró sentada a su lado, con verdadera paz interior. «Creo que allá arriba ya están preparando la fiesta para mi llegada, ya sabes ¡menudo lío!», me dijo aquella señora, contándome que en su entierro todos debían cantar y bailar, comer y disfrazarse, para acompañarla en ese pasaje al que no temía. A Manuela, en cambio, le dijo: «En cuanto a ti, no tienes que preocuparte. Eres joven, tienes tres hijos, Cristo no reclama tu vida en este momento, únicamente quería que estuvieras con él al pie de la cruz. Es un privilegio, ¿sabes?».

Manuela me contó después que, tras aquel encuentro un tanto surrealista, no volvió a ver a la mujer. Es un hecho curioso porque los enfermos de cáncer tienen sus tratamientos en un horario fijo, con citas que marcan sus días. Durante ese periodo de tratamiento todo el mundo se conoce, al menos de vista. Pero aquella mujer, que había anunciado a Manuela que saldría del túnel del cáncer, no volvió a ser vista. Solamente apareció en aquella sala de oncología el tiempo de un breve encuentro, de un mensaje que mi amiga no ha olvidado. Manuela recuerda dónde estaba sentada, la hora, el libro que tenía en las manos para engañar a la espera. «Eran las cuatro de la tarde». Me pregunto si Cristo estaba también en aquella reunión, si se dirigió a mi amiga para darle una palabra de esperanza a través de aquella mujer entrometida y algo loca, pero simpática y, sobre todo, mensajera de esperanza.

2. Cristo ha entrado en la historia

Cristo se encarnó en la historia, en una periferia del mundo. Nació en Belén, una aldea a unos diez kilómetros de Jerusalén, vivió en Nazaret, y luego, para anunciar por qué había venido entre los hombres, durante tres años, los últimos de su vida, recorrió

a pie toda Palestina. Se encontró con el pueblo, comió con él, le reveló el misterio del Padre, le anunció un mundo nuevo, una auténtica revolución para aquel pueblo que esperaba que un Mesías le liberara del yugo del imperio romano y que no imaginaba que se le concediera una libertad tan grande.

Esas piedras de Tierra Santa continúan hablando de él y por eso también se les llama el «quinto evangelio». Es imposible entrar en el Santo Sepulcro de Jerusalén, cruzar el lago Tiberíades, subir al monte Tabor o a la colina de Ein Karem con los ojos de un turista. Esa tierra atormentada, que paradójicamente no encuentra la paz, sigue «narrando» a quienes quieren poner un pie allí con el corazón y la mente abiertos al misterio de lo que ocurrió históricamente hace más de dos mil años. 2025 para ser exactos, si nos fijamos en el Jubileo.

Así lo resume la *Gaudium et spes*:

El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el apóstol: el Hijo de Dios «me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2,20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido (GS 22).

3. **La fe es más fuerte que el odio**

Enero de 2018, El Cairo. Las columnas de la iglesia, entrando a la derecha, aún llevan las marcas de la explosión. Mariam está allí, con su jersey negro, el pelo recogido, la mirada serena, rezando. Aquellos agujeros, del tamaño de un puño, en las columnas blancas de la nave nunca han vuelto a enlucirse; al igual

que las manchas de sangre, ahora negruzcas, siguen siendo visibles esparcidas en una pared. Incluso los frescos con los ángeles se han mantenido descascarillados deliberadamente.

Estamos en el «Vaticano» copto, el centro donde se encuentra el patriarcado copto ortodoxo, la gran basílica de San Marcos, capillas, seminarios. También esa iglesia de San Pedro, donde el 11 de diciembre de 2016, unas semanas antes de la Navidad, los coptos ortodoxos celebran el 7 de enero, una explosión hizo saltar por los aires bancos e iconos, destrozó las vidrieras, destapó parte del tejado. Y dejó tendidos en el suelo los cadáveres de veintiséis personas, casi todas mujeres.

Entre ellos estaba el de Nabil Habib Abdallah. Tenía 48 años y era el conserje de la iglesia. Dicen que perseguía a un hombre sospechoso que entró furiosamente en la iglesia, entre otras cosas por el lado equivocado, el reservado a las mujeres. Dicen que lo atrapó, evitando una masacre que podría haber sido aún peor. Dicen. Porque incluso en este caso se desconoce la dinámica exacta del ataque, como a menudo ha sucedido en los numerosos atentados sufridos por cristianos coptos.

Ahora Nabil, con su gran bigote negro, aparece retratado en una pequeña fotografía engarzada en un colgante que su esposa Mariam lleva en su cadena. Ahí, para siempre en su corazón. El hombre tenía 48 años cuando fue asesinado, dejándola sola para criar a tres hijos, de 15, 12 y dos años y medio, en el momento del ataque. Con el padre en la iglesia estaba su hija mayor, que resultó ilesa. «Ahora es ella, —cuenta Mariam a los periodistas que cubren la misión en Egipto de la fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada, que apoya a los cristianos perseguidos en todo el mundo—, quien responde a sus hermanos, sobre todo a los más pequeños, cuando preguntan “¿dónde está papá?”. Ella les tranquiliza diciéndoles: “nuestro padre está en el cielo”».

Mariam no considera que lo que ha ocurrido en su vida sea un acontecimiento excepcional: «Estamos preparados —dice hablando justo delante de la columna donde murió su marido— porque sabemos que esto puede ocurrir. Y aquí ocurrió. Sabemos que puede ser el final para nosotros, los cristianos, pero también es una victoria porque la muerte es la puerta del cielo y los mártires interceden por nosotros».

Por eso Mariam y todos los fieles coptos ortodoxos de la iglesia de San Pedro de El Cairo siguen adelante. Nunca dejan vacío ese lugar de culto. Las misas solo se suspendieron durante unas semanas tras aquel trágico suceso, a pesar de la total devastación. El 11 de diciembre de 2016 se produjo el atentado y el 7 de enero de 2017 se celebró la misa de Navidad en ese mismo lugar. Presidió el servicio el papa Tawadros II y en primera fila estaba también el presidente egipcio Al Sisi. «Recuerdo a los obreros conmovidos por el acontecimiento, musulmanes y cristianos, que dejaron sus trabajos y vinieron de todo el país para trabajar las veinticuatro horas del día, incluso por la noche, para reabrir cuanto antes la iglesia de San Pedro», relataba Tadros Adel, ingeniero cristiano, que también participó más tarde en las obras de la gran catedral de la Natividad de Cristo, en la nueva capital administrativa de El Cairo.

Mariam cuenta su historia con sencillez y una fe que parece inquebrantable. De hecho, a pesar de su timidez y de su débil voz, responde con seguridad, sin vacilar, cuando le preguntas si es posible perdonar todo esto: «Sí, claro que he perdonado. No olvidemos que somos cristianos».

4. Una experiencia por vivir

Para quien desee tener una experiencia para ver y experimentar un sentido de la vida, distinto del que nos proponen cada día los medios de comunicación y las redes sociales, una sugerencia es conocer a las monjas de la Madre Teresa de Calcuta. Sus puertas siempre están abiertas para todos, pero hay que prepararse mental y espiritualmente incluso para vivir momentos verdaderamente incomprensibles. Al menos según las «categorías» que hacemos la mayoría de nosotros.

De hecho, son un poco alborotadoras y realmente fuera de lo común. Es posible que te saluden en la cocina mientras pelan patatas para el almuerzo e incluso que te pidan ayuda. O te enreden con la preparación de paquetes para algunas de las familias a las que van a ayudar. O tal vez te pidan que acompañes en coche a aquella señora, que no tiene coche ni tampoco dinero para

un billete de autobús, a una cita médica en el hospital. Ejemplos reales y vividos, creedme.

Así son estas monjas, siempre trabajando. Y si no contestan al interfono es porque están rezando y lo hacen durante varias horas al día, a pesar de lo pueda parecer desde fuera. De ahí sacan la energía para caminar todo el día, y no del copioso desayuno que se imponen, su verdadera, y a veces única, comida del día.

¿Por qué hablar de las Misioneras de la Caridad en esta reflexión sobre el sentido de la vida? La respuesta es que ellas hacen lo contrario de lo que propone el mundo. Y son felices. Siempre están sonriendo, ¿os habéis dado cuenta? Entre los enfermos mentales de Alejandría, en Egipto; entre las mujeres que solas y abandonadas esperan dar a luz en Primavalle, un suburbio romano; en contextos geopolíticos nada fáciles, como Gaza. O Yemen, donde cuatro de ellas fueron asesinadas. Expulsadas de Nicaragua por Daniel Ortega, acusadas de proselitismo en el país donde empezó todo, la India. Sin embargo, sonríen.

Recuerdo que la monja cocinera de una casa de las Misioneras en Roma se ponía muy contenta cada vez que le traían parmesano de regalo, un producto algo caro pero que podía cambiar recetas, sobre todo cuando preparaba algo para las familias más pobres del barrio. Los voluntarios, sabiéndolo, a veces le llevaban una pieza únicamente para presenciar esa alegría incontenible. Un día no estaba y otra hermana abrió la puerta de la cocina. «Trajimos queso parmesano para la hermana Mary». «Gracias, pero ¿estáis seguro de que es para ella? No puede comerlo, es intolerante...». Fue así como descubrimos que la alegría de esta monja cocinera era para los demás.

Viven de la providencia, pero parece que no les falta de nada. Si algo esencial se agota en sus despensas, desde la leche hasta el azúcar, enseguida habrá un benefactor llamando a la puerta con eso que no tienen, sobre todo para dar, porque consumen lo justo para vivir y luego lo redistribuyen todo entre las familias que encuentran en ellas un punto de apoyo.

Un periodista norteamericano, un día, viendo a la Madre Teresa lavando a un hombre cubierto de llagas le dijo: «¡Yo no haría eso ni por un millón de dólares!». Y ella se rio: «¡Yo tampoco!». Todo está aquí, en estas dos palabras, el sentido de la vida. La

alegría puede esconderse donde menos te lo esperas, en un gesto que no harías por nada del mundo. La alegría a veces puede encontrarse tan solo «mirando siempre por encima del techo», como dijo el papa Francisco en junio de 2022 en el Encuentro Mundial de las Familias en Roma.

CONCLUSIÓN

La vida no es un paseo por el parque, a veces es un peregrinaje difícil, plagado de dificultades y penas. Pero hay quienes, sin embargo, encuentran, sostenidos por la fe, su «sentido de la vida». Es lo que le ocurrió a Tullia tras la muerte de su marido, a Nour que cruzó el mar para huir de la guerra, a Elisabeth que reza con su hijo enfermo, a Brjan que tras la cárcel vio abrirse otra posibilidad de vida.

Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta obscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: *Abba!*, ¡Padre! (GS 22).

Volvamos, pues, a las grandes cuestiones existenciales planteadas al principio de este escrito y repetidas de generación en generación. Muerte, dolor, pobreza, enfermedad, injusticia, traición, guerra: «¿Por qué? ¿Cuál es el sentido de la vida?».

«A este problema solo Dios da respuesta plena y totalmente cierta; Dios, que llama al hombre a pensamientos más altos y a una búsqueda más humilde de la verdad» (GS 21), concluye el documento conciliar que hemos vuelto a leer —a instancias del papa Francisco— para preparar el Jubileo de 2025.